



Dos sonetos para dos Sás: Garcilaso y Góngora

María del Carmen Vaquero Serrano
IES Alfonso X el Sabio (Toledo)

ABSTRACT:

In this essay I attempt to show how my hypothesis that Garcilaso could be playing, in his sonnet XXVIII, with the syllable "sa," taken from Beatriz de Sa's surname, is confirmed in Góngora's sonnet 165, poem in which the poet from Cordoba also uses the syllable "sa" in the rhymes to remember Guiomar de Sa.

RESUMEN:

En este artículo trato de demostrar cómo mi hipótesis de que Garcilaso podía estar jugando, en su soneto XXVIII, con la sílaba "sa" del apellido de doña Beatriz de Sá, se confirma en el soneto 135 de Góngora, poema en el que el poeta cordobés, también con la sílaba "sa" de sus rimas, evoca a doña Guiomar de Sá.

1. La sílaba «sa» en poemas inspirados por las Sás

En uno de mis más recientes libros, publicado junto a Juan Carlos Pantoja Rivero, *Garcilaso de la Vega. Guía de lectura* (Cénlit Ediciones, Berriozar (Navarra), 2006, pp. 130-149), he incluido un comentario del soneto XXVIII del gran lírico toledano. El poema dice así:¹

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprehenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía;

5 agora me castigo cada día
de tal selvaticuez y tal torpeza,

1.- Para este soneto y el XXIII, que copiaré más adelante, sigo la edición de Elias L. Rivers, *Garcilaso de la Vega, Poesías castellanas completas*, Madrid, Clásicos Castalia, 2.º ed., 1972.

mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.

10 Sabed qu' en mi perfeta edad y armado,
con mis ojos abiertos, m' he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fue corazón; si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

Sobre esta composición he concluido que se trata de una adivinanza disfrazada de soneto. En sus versos, Garcilaso dice a su amigo Boscán que se ha enamorado, pero que no le pregunte nada sobre la cuestión porque él no hablará acerca de ello. El toledano, recordándonos tantas y tantas adivinanzas, acaba su poesía asegurando que es mudo. Y, por supuesto, nos ocultará el nombre de la amada. Sin embargo, como también he explicado ya en repetidas ocasiones, en el *Cancionero general* de Garcia de Resende (Lisboa, 1516), un grupo de líricos había hecho patente la identidad de una dama, primero, en el encabezamiento de los versos propuestos para una glosa, donde aparecen el nombre de un poeta y el de la doncella a quien se dirigía («De Simaão de Sousa ha señora dona Briatiz de Saa») y, después, jugando muchos de los intervinientes, en sus respectivas glosas, con la sílaba **sa** del apellido de la joven.² Escribo en la guía citada:

El texto que Simaão de Sousa propuso para ser glosado por los caballeros decía:³

<i>Quem qyser saarar o mal</i>	<i>Quién quisier' sanar el mal</i>
<i>doutra molher tyver,</i>	<i>que de otra mujer tuvier',</i>
<i>oolhe a que lh' eu dysser.</i>	<i>vea la que yo dijier'.</i>

Uno de los poetas, conocido como el Barón, empezaba así su glosa:

<i>Como saarará meu mal</i>	<i>¿Cómo sanará mi mal</i>
<i>quem folgou de mo fazer...?</i>	<i>quien holgó de me lo hacer...?</i>

El conde de Vimioso, por su parte, iniciaba la suya:

<i>A vysta qu' á-de saluar</i>	<i>La vista que ha de salvar</i>
<i>tudo se perde por ela...</i>	<i>todo se pierde por ella...</i>

Pero la más interesante para nuestros efectos –ya veremos por qué– es la glosa que hizo don Álvaro de Abranches, que decía:

<i>Isto nunca vyo ninguem</i>	<i>Esto nunca vio cualquier,</i>
<i>por isso nam sey dyzer</i>	<i>por eso no lo diré;</i>
<i>nem estaa no conhecer</i>	<i>ni está en el conocer</i>
<i>saber certo donde vem.</i>	<i>saber cierto de dó vien'.</i>
<i>O moor descansso que tem</i>	<i>El gran descanso que tien'</i>
<i>quem este meu mal tyver</i>	<i>quien este mi mal tuvier'</i>
<i>he nam saber entender.</i>	<i>es no saber entender.</i>

2.- Recuérdese que el apellido *Saa* se puede escribir también *Sá*, con una sola *a*. A partir de aquí destaco en negrita todo lo que me interesa.

3.- Todas las traducciones de los siguientes poemas son mías.

Pues bien, quizá en este poema, que muy probablemente conocía Garcilaso, o en otros parecidos a él, se halle la clave para solucionar el enigma del soneto del poeta español. Porque, si nos fijamos en el recurso empleado por el Sr. de Abranches de repetir dos veces el apellido de la dama, una al comienzo de un verso y otra en el medio de otro, y lo comparamos con el primer terceto de nuestro soneto

*Sabed qu' en mi perfeta edad y armado,
con mis ojos abiertos, m' he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.*

comprobamos que los versos del portugués y del toledano, en cuanto al artificio empleado y la posición de las palabras clave, son exactos. Abranches y Garcilaso, los dos, han jugado para aludir a la dama con la primera sílaba del verbo *saber*.

Para mí resulta clarísimo que Garcilaso, en su soneto XXVIII, mediante un recurso previamente utilizado por los poetas portugueses del *Cancionero general* de Resende, a quienes muy probablemente imitaba, nos revela de un modo sutil, pero al mismo tiempo muy literario, que la dama objeto de su amor no era otra que su cuñada portuguesa doña Beatriz de Sá, la segunda esposa de su hermano Pedro Laso. Y quiero recordar también que, desde hace años, vengo defendiendo que doña Beatriz —acaso conocida como «la Sá»— fue quien posiblemente inspiró el nombre y la historia de la pastora o ninfa Elisa de las églogas garcilasianas, cuya muerte lloraba Nemoroso. Este es, pues, el resumen de mis investigaciones hasta 2006.

Pero la lectura de otro poeta español, admirador profundo de Garcilaso, me ha deparado una agradable sorpresa al volver sobre uno de sus libros. Me refiero a Góngora. Estaba releendo sus *Sonetos completos* (edición de Birute Ciplijauskaitė, Madrid, Ed. Castalia, 4.ª edición, 1981) cuando, de repente, en la página 212, llamó mi atención —nunca antes lo había hecho— el soneto 135, fechado en 1610. Primero, reparé en su título:

En la muerte de Doña Guiomar de Sá,
mujer de Juan Fernández de Espinosa

Y, después, se fueron mis ojos a la primera frase del comentario que Ciplijauskaitė incluye al pie del soneto. Dice la editora:

Soneto construido sobre la metáfora de la rosa, inspirada por el apellido de la dama.

Sin perder un minuto, leí los catorce versos del —desde ese instante y para mí— sorprendente soneto gongorino.

Pálida restituye a su elemento
su ya esplendor purpúreo casta rosa,
que en planta dulce un tiempo, si espinosa,
gloria del Sol, lisonja fue del viento.
5 El mismo que espiró süave aliento
fresca, espira marchita y siempre hermosa;
no yace, no, en la tierra, mas reposa,
negándole aun el hado lo violento.
10 Sus hojas sí, no su fragancia, llora
en polvo el patrio Betis, hojas bellas,
que aun en polvo el materno Tejo dora.

Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas
flores que ilustra otra mejor Aurora,
cuyo caduco aljófar son estrellas.

La dama que había inspirado el soneto y su esposo me eran personajes conocidos, pues a ambos los incluí en mi libro *Doña Beatriz de Sá, la Elisa posible de Garcilaso. Su genealogía* (Ciudad Real, Oretania Ediciones, 2002, pp. 37-40).⁴ En él tengo explicado que doña Guiomar de Sá era nieta de la hermana pequeña de doña Beatriz, llamada también Guiomar. Sus padres fueron otra Guiomar de Sá y Luis Venegas⁵ [de Figueroa], aposentador mayor del rey Felipe II, embajador en Portugal y caballero mayor de doña Ana de Austria, última esposa del Rey Prudente. Tuvo la doña Guiomar gongorina varios hermanos, entre ellos, Pedro Venegas de Sá, comendador (como su padre) de Valencia del Ventoso, de la Orden de Santiago, y alguna hermana como María de Venegas y Sá, comendadora de Santiago en el convento de la Santa Fe de Toledo. Doña Guiomar, que acaso fuera también comendadora como su hermana y en el mismo convento, matrimonió, según bien dice el soneto, con el ilustre caballero Juan Fernández de Espinosa, miembro del Consejo de Hacienda. El enlace se acordó habiendo fallecido ya el padre de la joven y tengo localizado un documento con noticias de sus capitulaciones matrimoniales, otorgadas en Madrid, en junio de 1581.⁶ A ello puedo añadir que, si bien Juan Fernández de Espinosa parece que aún vivía en 1586,⁷ en diciembre de 1598, doña Guiomar ya consta como viuda en dos documentos, en el primero de los cuales aparecen los nombres de dos hijas suyas, doña Guiomar y doña María Fernández de Espinosa;⁸ y en el segundo, acaso el nombre de un hijo, llamado como el padre, Juan Fernández de Espinosa.⁹ Las genealogías portuguesas hablan de otra hija, de nombre Ana Venegas, que casó con su primo segundo Juan Coloma, tercer conde de Elda.¹⁰ El único dato biográfico de relieve que nos aporta Góngora es el del fallecimiento de la dama en 1610. El que su progenitor, Luis Venegas de Figueroa,

4.- Reproduje parcialmente este estudio en <<http://parnaseo.uves/Lemir/Revista/Revista7>> (2003).

5.- El apellido Venegas aparece también como Venegas. Para este personaje *vid.* Alfonso Danvila y Burguero, *Don Cristóbal de Moura, primer marqués de Castel Rodrigo*, Madrid, Colección Diplomáticos Españoles, 1900. *Vid.* también Antonio Villacorta Baños-García., *La Jesuita Juana de Austria*, pp. 159, 161, 165, 196 y 198. Y Real Academia de la Historia, legajo 11, carpeta 14, n.º 28: «Elogio de don Luis Venegas de Figueroa, comendador de Guadalcanal y Moratalla, y Trece de la Orden de Santiago, resposero y aposentador mayor de Felipe II, su embajador en Alemania y otras partes, caballero mayor de la reina doña Ana, mayordomo del emperador Maximiliano II y su embajador a Castilla».

6.- Real Academia de la Historia, M-4 (=9/811), f. 122v: «Noticias de la escritura de capitulaciones otorgadas por doña Guiomar de Sá, viuda de Luis Venegas de Figueroa, caballero mayor de la reina doña Ana de Austria, de una parte, y Juan Fernández de Espinosa, del Consejo de Hacienda, de la otra, para el matrimonio de éste con doña Guiomar Venegas de Figueroa, hija de la primera. Madrid, 7-VI-1581».

7.- Real Academia de la Historia, M-37, f. 172: «Extracto de una escritura de censo sobre los bienes de Iñigo de Mendoza [...] a favor de Juan Fernández de Espinosa» (23-VI-1586).

8.- Real Academia de la Historia, *ibídem*: «Extracto de la escritura de redención de censo, otorgada por doña Guiomar de Sá, viuda de Juan Fernández de Espinosa, en nombre de sus hijas, doña Guiomar y doña María Fernández de Espinosa» (4-XII-1598).

9.- Real Academia de la Historia, M-39, ff. 87-103: «Escritura de concierto otorgada por Francisco Zapata, caballero del rey Felipe II, y por doña Teresa de Mendoza, su mujer, de una parte; y de otra, Juan Fernández de Espinosa, doña Guiomar de Sá, viuda de Juan Fernández de Espinosa, del Consejo de Hacienda, y doña Juana Zapata, mujer de mosén Rubí Bracamonte...» (17-XII-1598).

10.- Véanse en <<http://genealogia.netopia.pt>> los apellidos Venegas y Coloma. De este matrimonio nacería Juan Andrés Coloma y Espinosa de Sá, IV conde de Elda (*vid.* Real Academia de la Historia, D-33, f. 117v.), nieto de doña Guiomar.

fuera cordobés («el patrio Betis») y su madre, doña Guiomar de Sá, portuguesa («el materno Tejo»), era fácilmente deducible por la historia documentada de ambas familias.

Pero adentrémonos en el tema que me ocupa. Lo importante para mi investigación es lo que resumo en los dos puntos siguientes:

- 1.º Que, como afirma Ciplijauskaité, el «soneto [se ha] *construido sobre la metáfora de la rosa, inspirada por el apellido de la dama*».
- 2.º Que, en las rimas B de los cuartetos, se juega con la sílaba «sa», en clara alusión al apellido de doña Guiomar, aunque también en el tercer verso se lea el apellido de su esposo, casualmente acabado asimismo en «sa». Repasaré los cuartetos, destacando en negrita lo que me interesa de los versos con rimas B:

Pálida restituye a su elemento
su ya esplendor purpúreo casta **rosa**,
que en planta dulce un tiempo, si **espinosa**,
gloria del Sol, lisonja fue del viento.

5 El mismo que espiró süave aliento
fresca, espira marchita y siempre hermosa;
no yace, no, en la tierra, mas reposa,
negándole aun el hado lo violento.

De ello infero tres conclusiones:

- 1.ª Que doña Guiomar, de quien se toma como base su apellido, es aludida como rosa y su esposo por su patronímico completo. Ella es una **rosa** y él, **Espinosa**.
- 2.ª Que en este soneto, como ya hicieran los poetas del *Cancionero* de Resende y posiblemente Garcilaso en su soneto XXVIII, se juega —Góngora lo hace en sílaba final de rima— con la sílaba «sa».
- 3.ª Que tanto los líricos portugueses como Garcilaso y Góngora cantan a una mujer de la familia Sá. Los primeros y el toledano, a doña Beatriz de Sá; y el último, a una sobrina nieta de ella, doña Guiomar de Sá. Pero todos emplean el mismo artificio: la repetición de la sílaba «sa», lo cual —creo— es una confirmación de mi hipótesis sobre la adivinanza contenida en el garcilasiano soneto XXVIII y su solución.

Para concluir este apartado recordaré dos detalles. Uno de ellos —en relación con la segunda de las conclusiones— es que, conforme ya dije en su día, en la composición del toledano, también las sílabas finales de los vocablos de las rimas B de los cuartetos (*aspereza*, *terneza*, *torpeza* y *bajeza*), leídas con el fonema fricativo sonoro de la época (*asperedsa*, *ternedsa*, *torpedsa* y *bajedsa*), reproducen asimismo el apellido de la dama. Y si comparamos su situación final y en qué versos se han colocado, veremos que coinciden absolutamente con las de Góngora.

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi **aspereza**,
con que reprehenderos la **terneza**
de vuestro blando corazón solía;

5 agora me castigo cada día
de tal selvaticuez y tal torpeza,
mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.

En segundo y último término, traeré a colación –creo que muy justificadamente– que, en 1978, Adrien Roig, en su artículo «¿Quiénes fueron Salicio y Nemoroso»,¹¹ afirmaba, respecto al nombre del primero de dichos pastores garcilasianos, que *Salicio* derivaba del apellido Sá¹² e identificaba al personaje con el poeta Francisco Sá de Miranda, de quien, según Enrique Martínez López, doña Beatriz de Sá «era prima segunda».¹³

2. Las Sás como rosas

Permítanseme en esta parte algunas divagaciones. ¿Con qué flor compararía un poeta del Siglo de Oro a una dama apellidada Sá? La respuesta la tenemos en el soneto de Góngora: con una rosa. Pero, en el poema del cordobés, la rosa ha muerto. Imaginémosla, en cambio, si no a ella, a una antepasada suya, viva y en los años de su juventud. ¿No pudo haber escrito Garcilaso para ella el soneto XXIII? El toledano anima a la joven a disfrutar de la vida y a ese fin recrea el *Carpe diem*. Y, aunque en su mente, también está el ausonio *Collige, virgo, rosas*, ¿por qué no podría estar jugando simultáneamente con la metáfora de la rosa surgida del apellido Sá? Recordemos el famosísimo soneto:

En tanto que de **rosa** y d' azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
con clara luz la tempestad serena;

5 y en tanto que 'l cabello, que 'n la vena
del oro s'escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena:

10 coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que 'l tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la **rosa** el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.

Fijémonos en que Garcilaso repite dos veces la palabra «rosa», pronunciada en su época con *s* sonora; que se emplea el adjetivo «hermosa» (como en la rima del verso 6 del so-

11.- *Criticón*, 4 (1978), pp. 1-36.

12.- *Ibidem*, p. 30. Se puede asimismo consultar el artículo, aunque con cambios notables en las notas, en <http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/06/aih_06_1_162.pdf>.

13.- Enrique Martínez López «El rival de Garcilaso: «esse que de mi s'está reyendo» (Egl. I. 180)», *Boletín de la Real Academia Española*, 61, 1981, p. 198, n. 9. También yo he tratado del parentesco entre el poeta y la cuñada de Garcilaso en *Doña Beatriz de Sá...*, pp. 45-47.

neto gongorino), también con *s* sonora; y que, en el verso final, la palabra «mudanza» se leería *mudantsa* igualmente con *s*, pero en este caso sorda por ir precedida de consonante. Cuatro veces, por tanto, la sílaba «sa» y dos de ellas en la metáfora rosa, que es la única flor que aparece junto con la azucena, si bien esta solo consta una vez.

Y nos podemos preguntar: ¿qué hizo Góngora al volver en otro conocidísimo soneto sobre el tópico del *Carpe diem*? Copiaré el poema:

Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñido al sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano,
mira tu blanca frente el **lilio** bello;

5 Mientras a cada labio por cogello
siguen más ojos que al **clavel** temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello,

10 goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, **lilio**, **clavel**, cristal luciente,

 no solo en plata o **viola** troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

¿Qué es lo que más nos sorprende en este poema en relación con lo que venimos analizando? Pues que, en el soneto de Góngora, la rosa ha desaparecido y ha sido sustituida por el clavel. No así la azucena que ahora se designa con el nombre genérico de lirio. Y se habla de una nueva flor, la violeta. Pero la rosa –insisto en ello– se ha esfumado, tal vez porque en esta ocasión el *Carpe diem* no se dirigía a una joven Sá.

3. Flores marchitas y flores cortadas

Y a las Sás les llegó la muerte. «**Marchitará la rosa** el viento helado», había escrito Garcilaso, y tal vez aquella misma joven inspiradora del soneto murió sin habersele aún cubierto «de nieve la **hermosa** cumbre». Unos ochenta años después, Góngora dará cuenta del final de Guiomar de Sá, «casta **rosa**», que «espira **marchita** y siempre **hermosa**». Uno y otro poeta, conmocionados por la desaparición de aquellas mujeres que en belleza al parecer a todas excedían, no pudieron dejar de cantarlas en el momento de su muerte. Y así, Garcilaso, convirtiendo –siempre según mi hipótesis– a doña Beatriz de Sá (nacida en las Azores) en la bella ninfa o pastora Elisa, nos cuenta cómo la blanca Nise refleja en la tela que labraba el dolor de las silvestres diosas por la desaparición de la dama portuguesa, venida del mar de Lusitania. Y decía el toledano:

En la hermosa tela se veían,
entretajadas, las silvestres diosas
salir de la espesura, y que venían

todas a las riberas presurosas,
 en el semblante tristes, y traían
 cestillos blancos de **purpúreas rosas**,
 las cuales esparciendo **derramaban**
sobre una ninfa muerta que lloraban.

Todas con el cabello desparcido,
 lloraban una ninfa delicada
 cuya vida mostraba que había sido
 antes de tiempo y **casi en flor cortada.** [...]

[...] se aflige Nemoroso
 y llama `Elisa´; `Elisa´ a boca llena
 responde **el Tajo**, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío,
 donde será escuchado yo lo fío».

Y Góngora, al morir doña Guiomar de Sá, le dedica el ya citado soneto, del que selecciono para terminar los siguientes versos:

Pálida restituye a su elemento
 su ya **esplendor purpúreo casta rosa** [...]

El mismo que espiró süave aliento
 fresca, **espira marchita y siempre hermosa;** [...]

Sus hojas sí, no su fragancia, llora
 en polvo el patrio Betis, hojas bellas,
 que aun en polvo **el materno Tejo** dora.

